
EL OTRO Y EL PRÓJIMO

[1]* Para que el otro sea nuestro prójimo *no basta* con que esté a nuestro lado. De hecho, la proximidad pone de manifiesto –con frecuencia más que la distancia– qué ajenos pueden permanecer los hombres entre sí, aunque se frecuenten.

Para que el otro sea nuestro prójimo, ¿bastaría con la relación que conlleva la prestación de un *servicio* que se nos pide o que necesitamos? El servicio entra, desde luego, en la noción de prójimo pero ésta implica mucho más. Pero, ¿qué más? Es un hecho: siempre puede darse el caso de que la ayuda más urgente y más considerable, la que no se niega a nada y dura tanto como sea necesario, deje inmodificado, entre quien la da y quien la recibe, el foso más infranqueable. E incluso puede suceder que la misma ayuda lo agrande todavía más, pues el hombre no es un ser simple que vive únicamente en el plano de las necesidades y de los deseos inmediatos. Un proverbio antiguo lo sugiere: "la forma de dar vale más que lo que se da."

En la perspectiva evangélica, parece que hacer del otro un prójimo consiste, primero, en *atribuirle realidad*, en hacer de él alguien que *existe de verdad*. Y consiste, además, por vía de profundización, en tender uno mismo a convertirse en prójimo para él y llegar a existir de verdad ante su mirada. En efecto, una relación en la que el otro se convierte en nuestro prójimo no puede ser por mucho tiempo de sentido único sin condenarse por ello a desaparecer rápidamente de la vida de ambos y no dejar más que el recuerdo de un simple suceso. "Hacer del otro un prójimo", "llegar a ser el prójimo del otro" son dos aspectos inseparables y característicos de un verdadero encuentro.

* Los números entre corchetes y los elementos en cursiva no son del autor.

¿Cómo hacer del otro nuestro prójimo? ¿Cómo llamarle y ayudarle a que haga de nosotros su prójimo? ¿Cómo no omitir ni escamotear ninguna de las consecuencias de esta relación, viva en los dos sentidos, e impedir, de ese modo, que se debilite, bajo el peso y el efecto de las circunstancias, del paso del tiempo y de la debilidad e inconsistencia de ambos? ¿Cómo progresar en el conocimiento de lo que el otro es en sí mismo, más allá de lo que podemos conocer por los sentidos y la razón, y de lo que le permite responder como prójimo a lo que le damos y esperamos de él? Esta búsqueda, como la de Dios, se alimenta de los primeros resultados obtenidos para, gracias a ellos y al vigor que de ellos recibimos y extraemos, superarlos, a fin de esforzarse incesantemente en progresar, so pena de retroceder. Dios y el otro, dos misterios a los que el hombre en vías de ser adulto se aproxima a medida que nace a su humanidad y a despecho de todo lo que le conduce a negar su realidad inaccesible y, sin embargo, sin cesar apelante.

Hay personas a las que amamos espontáneamente y enseguida se convierten en nuestro prójimo. La gracia de la juventud consiste, en parte, en tener la facilidad de querer y de hacerse querer por un número considerable de personas, sobre todo de edad parecida. El círculo de prójimos aumenta otro tanto y llega a ser suficientemente amplio como para no sentirse uno ni estrecho ni reducido en él. Por otra parte, en esa etapa en que todo comienza, la experiencia de la vida es todavía demasiado limitada como para que no parezca que ese círculo se irá ampliando cada vez más con tal de colaborar un poco.

Ulteriormente, el hombre que avanza hacia la edad adulta, por la conciencia que su historia le va imponiendo o permitiendo si es suficientemente lúcido, descubre esta verdad poco consoladora pero saludable: que el prójimo espontáneo, ese otro al que quiere y que le quiere porque se conocen, es la excepción, incluso en el pequeño círculo de sus relaciones más allegadas. Es más, a medida que envejece, ha de reconocer que la excepción se convierte incluso en una rareza.

El amor más vivo del principio ¿no degenera poco a poco, si no se está vigilante, en cordial indiferencia?

Cuando brota su joven vitalidad, el hombre cree de buena gana que los otros se le parecen. Más tarde, las condiciones se invierten. El más seguro de los adultos busca por todas partes en torno suyo alguien que se le parezca y le confirme en su forma de ser. El que se le parece es un aliado buscado sin cesar y cada vez más raro. Espontáneamente descarta (y qué malestar experimenta cuando los encuentra) a los que no piensan ni viven como él. Y, en plazo relativamente breve, todos –también los más allegados– acaban por diferir de él, bien por lo que son bien por lo que llegan a ser. Con el tiempo, la existencia singulariza a las personas. Todos, por su simple presencia, despiertan en el hombre su secreto dolor por ser inconsistente y gregario, dependiente de los otros, con el pánico ante el "no-ser" como trasfondo que no deja de tener relación con su naturaleza ontológica. ¡Qué lejos estamos, sometidos a nuestras impresiones cotidianas, del estado interior en que nace, llegada su hora, la relación que hace del otro nuestro prójimo y de nosotros el suyo!

La razón es que ese estado interior no surge de la mera reacción espontánea provocada por la proximidad. Los pasos interiores que conducen al progresivo descubrimiento del prójimo (tanto de lo que podría como de lo que debería ser) no obedecen a una falta de vitalidad o de equilibrio personal que busca su remedio en una ayuda exterior. Por el contrario, esos pasos interiores, ¿no nacerán, más bien, de la *autonomía* de una vida personal por fin conquistada, desprovista de todo egocentrismo y capaz por su intensidad de sobrellevar con facilidad y amor su atención y reflexión sobre el otro? Así le ocurre al padre con sus hijos mayores cuando los considera como otros él-mismo y, no obstante, de ahora en adelante, completamente distintos a él.

La experiencia cotidiana de la vida no es la única que nos hace descubrir lo *inverosímil* del amor al prójimo que, con el *mismo rango* que el amor de Dios, el Cristianismo exige a cualquiera que se pro-

ponga corresponder al espíritu de Jesús. Paradójicamente, cuanto más numerosas son las circunstancias, queridas o fortuitas, que piden expresamente al hombre que haga de cada uno de quienes encuentra su prójimo, tanto menos le son realmente cercanos y los ama verdaderamente...

El buen Samaritano, cuando encontró al herido en el camino, lo hizo su prójimo haciendo por él lo que hubiese deseado que a él le hiciesen en circunstancias parecidas. Se consagró a ello con algunas dificultades interiores, sin duda, porque era algo que no estaba ni en el programa de su jornada ni resultaba muy agradable. Pero, en fin, se empleó con el ánimo y el ardor de quien no ha tenido un prójimo de esa clase desde largo tiempo atrás y piensa –sin ser consciente de ello– que en el futuro tampoco lo tendrá. ¿Qué hubiera sucedido si, en los días siguientes, durante sus viajes, hubiese encontrado sin parar heridos a los que cuidar, de forma que hubiese tenido que hacerlos sus prójimos y él llegar a serlo para ellos?

En un estado espiritual dado, *sólo somos capaces* de tener un número limitado de prójimos verdaderos, e incluso éstos han de encontrarse en categorías sociales cercanas. Si sobrepasamos los límites de nuestras posibilidades, la inflación de nuestros comportamientos los coloca en una situación que hace que disminuya su realidad. Entonces, nuestros pretendidos prójimos ya no nos son cercanos como deberían serlo para poder ellos, a su vez, considerarnos a nosotros como sus prójimos. Por ser demasiado extraños los unos para los otros, nuestras relaciones, incluso si son frecuentes, pertenecen más al orden de los acontecimientos circunstanciales que al de los encuentros sustanciales y de hombre a hombre.

Así, en estas condiciones (sin considerar ahora más que el punto de vista del Samaritano y prescindiendo del del herido), insensiblemente nos vemos conducidos a *deteriorar* la noción de prójimo, a depreciar su calidad y subestimar sus exigencias. Devaluamos los sentimientos que dicha noción deseaba suscitar e imponer y que, de hecho, necesita para ser verdadera. Los hacemos menos profundos y

más exclusivamente exteriores. Además de que, como por compensación, tendemos a manifestarlos más y a menudo de forma indiscreta. Remplazamos la atención al otro por algo de cordialidad y reducimos nuestro interés por él a la realización de un servicio al que no nos entregamos sino al que sólo nos prestamos. Todas estas conductas, aunque sean circunstancialmente útiles y necesarias, sólo son apariencias.

Las condiciones modernas de la vida humana, tanto de existencia como de trabajo, cada vez más colectivas y concentracionarias, favorecen los encuentros. Las aglomeraciones urbanas y las facilidades de desplazamiento multiplican el número de las personas que, en relación con nuestra función o nuestra misión, tendrían que ser nuestros prójimos, de acuerdo con las perspectivas evangélicas. El universalismo cristiano de la fraternidad siempre ha chocado con las solidaridades cerradas de razas, naciones y clases sociales. En la situación presente, el hombre, además de las condiciones de vida en sociedad, de su enorme diversidad, de su extrema disparidad, afronta el obstáculo –impreciso en sus formas– que supone el número de los que, tanto por lo que ellos son como por lo que nosotros también somos, esperan de nosotros que seamos sus prójimos y simultáneamente cuentan con serlo para nosotros.

Por contraste, ¡qué extraordinario poder de deshumanización se acrecienta en las grandes ciudades, donde se puede permanecer anónimo y vivir una vida entera sin ser un conocido para nadie, y donde, simétricamente, se puede vivir también sin llegar a atribuir un solo nombre a ninguno de los rostros con los que uno se cruza de modo frecuente si no cotidiano! El número no es sólo la dificultad mayor que, en sus relaciones con los otros, encuentran los hombres situados en puntos especialmente neurálgicos para los destinos humanos; es la dificultad mayor de todos, cualquiera que sea nuestra situación. El número degrada invenciblemente la relación, incluso la que ya de por sí es menos personal y tiene un motivo de lo más banal. El número la reduce a no ser más que el ejercicio de una actividad casi exclusivamente mecánica. La tendencia moderna, entonces, es la de rem-

plazar al hombre por la máquina. La relación, impuesta desde fuera y limitada en sus comportamientos, pierde su calidad con la multiplicidad y la repetición. La relación ya no guarda ningún contacto con la interioridad, siendo así que todo encuentro de hombre a hombre no puede ser, en definitiva, más que fruto suyo pues es algo absolutamente distinto de lo que es el resultado de un proyecto bien pensado y realizado.

Muchos creen que amar al prójimo al que ven es más fácil que amar a Dios al que no ven. En verdad, estos dos movimientos en lo más íntimo del hombre, designados –no sin profunda razón– por el mismo nombre de "amor", *son tan imposibles* el uno como el otro. Son tan inseparables como inconcebibles. Dios es Amor del hombre. El Amor en el hombre es de Dios.

Pongámonos ahora del lado del herido, es decir, de ese otro que debería convertirse en el prójimo del Samaritano. El problema, aunque se plantea de modo diferente, presenta dificultades semejantes.

Si el herido fuera un hombre que sólo tuviera un cuerpo al que alimentar y curar, y, más en general, cuya necesidad de vivir sólo se diera en el plano del conocimiento y de la acción, en este caso, con las atenciones y cuidados que, aunque de un modo aún impersonal, se le prodigasen virtuosamente, quedaría plenamente satisfecho. La carencia, real pero escondida en el corazón de los comportamientos del buen Samaritano, agotado y desgastado por sus numerosos encuentros pesados y enojosos, no implicaría consecuencias funestas para el herido. El herido, en su ingenuidad, vería, en el Samaritano, a un auténtico prójimo cuando, en realidad, sólo tendría ante sí a alguien que no haría más que presentarse como tal. Sólo el hombre que vive en la euforia efímera y precaria del momento de ser ayudado se hará esta idea –más optimista que juiciosa– de los seres con los que se cruce por los caminos y a los que gustosamente llamará sus prójimos.

No obstante, incluso los seres más simples conocen reacciones más complejas. Siempre les habitan impresiones ambiguas y a menudo violentas. Incluso cuando son de lo más conscientes, esperan, sin saberlo, más de lo que a sí mismos se dicen. Oscuramente, están pidiendo más de lo que solicitan claramente. Su expectativa es imperiosa. Aunque no sea explícita, tiene la potencia y la tenacidad de una exigencia vital. Esta expectativa, aunque el hombre, preocupado por su autonomía o por su necesidad de independencia, se niegue a confesársela y a reconocer que la tiene, está tanto más viva cuanto más vivo está él, es decir, cuanto más está él en vías de ser él mismo a través de su riqueza y vigor humanos. Y no cabe duda de que, además, toda su historia personal, todo su pasado contribuye también, en gran medida, a esta espera.

El hombre lleva en sí mismo, en todos los órdenes y para siempre, las reacciones en cadena desencadenadas por sus sufrimientos y decepciones y también, aunque menos directamente, por sus alteraciones e íntimas alienaciones, fuentes ocultas de sus alergias y repulsiones. La pérdida progresiva de vitalidad, lejos de amortiguar estos reflejos, los intensifica. Todas estas menesterosidades, inscritas indeleblemente en su forma de ser, le hacen más sensible e intuitivo. Le ayudan a descubrir, en quien se acerca, o bien una actitud que sólo está revestida de caridad o bien, por el contrario, la actitud de un hombre que, por todo lo que es, le respeta y se interesa por él como si se tratase de sí mismo. Toda manifestación de ayuda en la que el corazón está ausente, aunque ésta ayuda sea de urgente necesidad y haya sido útil en algún orden, sólo es el inicio de una despedida, tras un encuentro ilusorio en cuanto a lo esencial, a sus ojos de ser secretamente a la espera, poseído por reivindicaciones cuya naturaleza y dimensiones no se confiesa por completo a sí mismo.

A pesar de la buena voluntad y de la generosidad del buen Samaritano, la deficiencia de sus sentimientos realmente vividos, por más que vigile y se esmere en no dejarla traslucir, induce al herido a sospechar, equivocadamente, que sus palabras fraternas sólo son "buenas palabras"; así como, en consecuencia, a no escucharlas en el

nivel en que, sin embargo, intentaron verdaderamente situarse; y le induce, además, a no ver sino una sonrisa profesional allí donde, sin embargo, de verdad, la mirada querría, a pesar de todo, penetrar hasta el corazón. A este hombre, que, más aún que herido en sus profundidades, está en trabajo de llegar a ser, la hospitalidad plena de atenciones y la comprensión desde una viva simpatía no le parecen, a pesar de todo, más que una hospitalización tanto de los cuerpos como de las almas. Para este hombre, el otro no es un prójimo; no es más que alguien que pasa. Y el encuentro con él no es más que una oportunidad que aprovechar...

¡Qué extraño es este hombre! Puede que le sea útil e incluso indispensable el don que recibe del bien-provisto mejor intencionado y más virtuoso; pero, no obstante, este don le queda exterior y no le transforma lo más mínimo en su ser. Es más, en la medida en que le es necesario, le pesa sobre su corazón más gravosamente de lo que acertaría a expresar. Es como si este hombre, a pesar de la urgencia, no tuviese que dejarse ayudar de esta forma, so pena de algún tipo de degradación. Humillación latente que va mucho más allá de lo que la vanidad o el orgullo podrían inspirar. Esta sorda insatisfacción nace de la intuición extrema, confusamente entrevista, de que un don de este tipo no ha venido a él como debiera haberlo hecho para ser fraterno y gratuito, simplemente.

Un hombre, para ser transformado y renovado, para ser capaz, al fin, de alcanzarse a sí mismo y obrar como un creador –lo cual está más allá de sus posibilidades ordinarias–, no ha de recibir nada, en cualquier plano de su realidad y aunque le sea de necesidad, si no es a través del reconocimiento y del respeto de su dignidad como ser libre y responsable. Esta condición es tanto más necesaria cuanto más adulto se es y lo es tanto más rigurosamente cuanto más ajeno es uno a lo que se le propone. Sólo puede acercarse así a él alguien que sea más pobre que él; alguien que sea más pobre pero que viva en este estado siendo libre, con la libertad que es fruto de la fidelidad, y siendo también responsable de esa situación en la medida de su fe; *alguien que sea pobre y sin ninguna posesión que le permita reposar en otro lugar que*

en sí mismo, de tanto como se le ha retirado todo lo que antaño le permitió, afortunadamente, llegar a ser lo que ahora es; es decir, un pobre sólo rico de ser, de tanto como se le cercenó todo tener. Sólo la pobreza de aquél que se da sin reservarse nada, pues en él no hay nada más que ese don, al que está abocado en la medida en que se consagra, es la que hace a ese don recibibile por cualquier hombre. *Sólo ella es capaz de promover el acto de libertad sin pesar en su ejercicio*. Sólo ella es, de este modo, capaz de despertar a la responsabilidad sin limitarla en nada.

Cuando, por su sola presencia, por la palabra silenciosa que subtiende a sus acciones y las consagra, un hombre le dice a otro, al que encontró por el camino de la vida, que le es *imposible* ser plenamente su prójimo, tal como su fe en él y en el mensaje evangélico se lo piden, porque es incapaz de compartir con él aquello de lo que ni siquiera para él llega a bastar de veras; porque es demasiado indigente como para poder darle aquello de lo que, a decir verdad, tampoco dispone para sí; porque no existe lo bastante establemente como para ayudar a otro a existir y porque, en fin, como una fuente agotada, no puede tener ya prójimos, entonces, este hombre es un pobre de veras que vive la grandeza de lo auténtico, la única que le es accesible sin que sea adulterada por pretensiones falsas y presentaciones ilusorias. Cuando lo dice con esta humildad desarbolada que desarma porque es enteramente confesión de debilidad y de miseria, el otro, ¿sabrá acoger esta palabra verdadera que no habla más que de ausencia, como sacramento de la presencia de un verdadero prójimo, de un hombre como él, de otro él mismo? El don que de esta forma recibiría alimentaría su corazón pues ya no sería el don de un bienhechor ni el don de un extranjero que pasa y se aleja.

Ese tipo de pobreza no es que suscite en el otro un sentimiento de compasión. No. Esta indigencia procede esencialmente del ser y puede ser que no se manifieste exteriormente por pudor, por discreción o incluso por prudencia o por miedo a ser mal interpretada. Sin embargo, dos pobrezas son naturalmente hermanas aunque no se identifiquen por el rostro. Cuando se encuentran y se recono-

cen, tienen entre sí espontáneamente un lenguaje que va directo al corazón.

Incluso cuando este hombre no pronuncie esas palabras, difíciles de decir y aún más imposibles de rededir, a causa del estado de extrema desnudez que exigen para ser verdaderas (estado al que, salvo excepción, es absolutamente necesario que uno se vea empujado como a pesar suyo); incluso cuando este hombre no haga más que decírselas a sí mismo en lo íntimo, o ni siquiera eso porque se encuentra en un estado interior que le impide poder confesárselas claramente; incluso en estas circunstancias, hay un no sé qué de uno que las apariencias transmiten sin poderlo manifestar de otro modo y que pasa al otro mientras por fuera se ponen los gestos que la virtud o la función ordenan.

El hombre, aunque no pueda darse directamente en su conducta con respecto al otro con todo su corazón, y esté reducido a sólo aparentarlo lo mejor posible, puede, sin embargo, por sus comportamientos, aportarle más de lo que cree y ser para él de una fecundidad superior a todo lo que previamente hubiese previsto y proyectado en su favor basándose en un cálculo de eficacia. No obstante, esta fecundidad se manifiesta de un modo completamente diferente del que él sabría directa y explícitamente querer y realizar. Irradiación de la humildad verdadera e inapreciable, del hombre que sabe lo que él no es y que acepta su no ser sin ser aplastado por saberlo, e incluso lo hace grácilmente. Irradiación de la simplicidad verdadera del hombre que es sólo lo que él es y que rechaza creerse más o parecerlo. Irradiación de su modestia y discreción, que, de tan naturales que son, de tanto como se desarrollan por lo regular en el silencio, llegan a ser inconscientes en él y a no resaltar especialmente ante otro.

Así es como este encuentro logra que el Samaritano sienta su falta de amor y caiga en la cuenta de ello a través de sus reacciones íntimas, involuntarias sin duda, pero también irreprimibles. La profundidad y la autenticidad de su humildad remplazan en él la plenitud de otros sentimientos que le son imposibles de vivir aunque sean

necesarios para ser como conviene en su relación con quien ha de ser su prójimo. En todo caso, esta humildad no puede venirle de su propia industria, como una virtud. Le es dada sólo a través del encuentro mismo con el otro, al que no puede amar verdaderamente pero en el que cree con suficiente fe como para que cruzarse con él, del único modo de que es capaz, le lleve, en tal caso, a descubrir su irremediable impotencia para amarlo. Accede así a un estado simple, puro, transparente; estado que le permite tener un prójimo verdadero en cualquiera y ser el prójimo verdadero de cualquiera aunque cada uno permanezca incognoscible e inaccesible en su soledad irrompible.

Por su parte, al otro se le invita secretamente a presentir, si bien oscuramente todavía, la calidad del encuentro, subtendido y como transmutado por una confesión como ésa, que sobrepasa todo decir. Este encuentro comporta algo muy distinto de unos meros cuidados atentos y dados a conciencia al herido. Aunque las verdaderas reacciones, instintivas, del Samaritano hayan sido disimuladas en lo posible por éste, este encuentro descubre también al herido su propia hambre de ser amado, su propia penuria fundamental. Para ello, basta con que el herido preste suficiente atención a lo que siente espontáneamente al contacto con el hombre que le cuida con diligencia virtuosa pero sin verdadero amor.

Carencia de amor e impotencia de amar, ambas son, en el orden espiritual, aspectos existenciales solidarios y consubstanciales a la carencia de ser. Ser es, inseparablemente, darse recibiendo y recibir dándose. Estos dos descubrimientos se hacen a la par porque ambos movimientos se viven simultáneamente. Sin embargo, el tiempo fuerte en que esto se vivió ya pasó cuando se concientia; y el recuerdo que se conserva es sin cesar evanescente aunque recobra su fuerza en cuanto uno se acerca de nuevo, en lo que vive, a lo esencial.

Por lo general, en el curso ordinario de la vida, el hombre permanece inconsciente de este mal enraizado en lo más profundo de sí: no sabe ni que sufre de este mal aunque lo padezca de una u otra for-

ma. A veces, después de haberlo reconocido dentro de sí, no cree poder liberarse de él y sanar; se resigna a él mal que bien. Con frecuencia pacta entonces con su falta; juzga que es normal que vaya desecando y consumiendo su corazón como el cáncer al cuerpo. Sin embargo, este mal, ¿no estuvo en el origen de la pena sentida probablemente por ambos al partir, cuando se separaron y cada cual reemprendió su camino a solas consigo mismo?

¿Qué no se habrá dicho contra la caridad virtuosa, la unción suavizadora y hueca, la consolación hecha cliché, la dedicación reglamentaria y funcional de los especialistas de la caridad, de los generadores de exhortaciones y consejos? Aquí, sin embargo, no se habla más que de aquellos a los que, *porque quisieron amar mucho*, se les llama, más a menudo que a los otros, a conocer cruelmente los límites del corazón humano. Ciertamente, lo dicho se dice no sin razón; pero también ¡con cuánta injusticia! Sus censores, tan pertinentes y tan fácilmente indignados, están ordinariamente lejos de ser más generosos que los hombres que acampan en el frente de las miserias humanas.

En realidad, los fallos en la caridad son de todos. Quienquiera que seamos, nos vemos conducidos a tomar, respecto de los seres que han entrado en nuestra vida, a través de las exigencias que ellos contribuyeron a hacernos descubrir, unas disposiciones, unos compromisos que, realmente, no podemos mantener. Los mejores serán los más conscientes de la quiebra de esos compromisos; y se verán más visiblemente acorralados hacia dicha quiebra, ante las miradas de todos.

¿Cómo mantenerse en esta situación de deudor insolvente sin fabricar moneda falsa a través de una inflación de actitudes inauténticas, o sin declararse en quiebra y perderse en la preocupación exclusiva –juzgada la única realista– de medidas de eficacia inmediata –y fatalmente superficial– que disimulen el descalabro espiritual con el que uno se conforma sin confesárselo?

[2] Cada vez que el cristiano toma en serio el mensaje de Jesús enseñado por las Iglesias como "la nueva ley"; cada vez que profundiza en el conocimiento de sí gracias a su lucidez y se esfuerza con energía por corresponder a las exigencias que crecen en él con la lectura de los Evangelios, *choca con lo imposible*, por desgracia. No hay duda: para que el hombre observe esta ley nueva con un espíritu adecuado, que promueva en él el devenir personal y el acercamiento a lo universal que le son accesibles por sus íntimas potencialidades, es necesario que ya haya penetrado bastante en el conocimiento del viviente, más que legislador, que fue Jesús. Más allá del tiempo y lugar que limitaron irremediabilmente sus formas de decir y de obrar, hay que querer a Jesús por él mismo y no por los títulos que sus discípulos llegaron a darle durante su vida ni por el papel y el ser que las Iglesias progresivamente le atribuyeron en la doctrina que elaboraron sobre él. ¿Sería esto ya suficiente para hacer advenir verdaderamente, en sí y en torno a sí, el Reino que, en su tiempo, Jesús veía acercarse y que debía suponer, según la mentalidad de su pueblo, el cumplimiento de las profecías?

A decir verdad, el hombre es *incapaz* de amar a Dios de otro modo que con idolatría incluso cuando se esfuerza por elevarse por encima de las representaciones que puede formarse de Él y las relativiza. El hombre está hecho para servirse de sus semejantes y no para amarlos por ellos mismos. ¿No es ésta la ley de hierro a la que todo ser en su lucha por la vida está sometido? Para el mensaje evangélico, dado que la imposibilidad del Reino que anuncia y mira de instaurar es de derecho, lo imposible de hecho es como un juego. Jesús, al entregar este mensaje a sus discípulos a medida que lo inventaba al vivir de él plenamente, se entregó a sí mismo totalmente, hasta las más extremas consecuencias que su mensaje comportaba ineluctablemente, hasta la muerte abyecta y el fracaso irrisorio...

Esta *imposibilidad absoluta*, lo mismo que la de llegar a ser otro y la de llegar a ser más que lo que se es, no es ajena a la ciega atracción y a la paradójica irradiación de este mensaje, universal en potencia y que

solicita secretamente a todo hombre. Este ideal sobrehumano es muestra de locura según las gentes sabias y experimentadas. Éstas, en lugar de entreverlo como fruto último de la fidelidad a lo mejor de uno mismo ejercida en la fe, no saben verlo más que como un proyecto prometido a la sola iniciativa de los hombres; ideal que les parece, con razón, utópico, tanto individual como socialmente. También les parece utópica la supresión del carácter radicalmente inhumano de lo real, carácter que depende de la estructura de éste y que es la condición misma de su existencia. Pero este fruto de la fe y de la fidelidad no se puede recoger aquí abajo. Además, esta locura, madre de la locura de la Cruz, lleva a la resurrección. El hombre –ésta es su grandeza– es capaz de descubrir su radical impotencia para ser lo que tendría que ser para ser él mismo. Con todo, gracias a su fe y a su fidelidad, y yendo hasta el último extremo de lo que él es en sí mismo en su particularidad y precariedad, puede alcanzar, en el centro de su singularidad, lo que es inaccesible para él por naturaleza, lo que es del orden de lo universal y que no pasará.

Aunque desventurados por no poder responder a las llamadas del Evangelio y, más exactamente, a las que Jesús nos hace escuchar por su itinerario de hombre que vive plenamente en espíritu y en verdad según las formas posibles en su tiempo, somos afortunados si mantenemos realmente la irrepresible *nostalgia* de aquello de lo que, por otra parte, somos incapaces por más que lo deseemos de un modo implacable; eso que nos parece tanto más fundamental cuanto más avanzamos hacia ser nosotros mismos.

Esta nostalgia es *nuestra única grandeza*, la única a la que no puede mancillar la suficiencia, y que nada ni nadie nos puede arrebatarnos. Por su autenticidad sin fisuras, es la marca de un último destino que surge de nuestra existencia actual y que se sitúa fuera del alcance de todo conocimiento. Ciertamente, esta nostalgia, que tiene la talla del ser del que se apodera, y al que penetra por entero, puede llevar, en sus manifestaciones extremas, a la desesperanza y a la negación de este mismo destino.

Pero semejante desesperanza, ¿no es, ante Dios, otra forma, intensa por lo crucificada, de la adquisición de la *conciencia de sí*, potentemente realizada pero también blasfemada, hecha por el hombre, nacido de la contingencia y presa del absoluto? Con el espanto que se siente ante los grandes desórdenes humanos que están por encima de todo juicio, esta desesperanza merece respeto y aún más porque manifiesta la única realidad imposible de idolatrar de lo sagrado.

¿Cómo mantenerse en pie en la situación de deudor insolvente? El término de deudor, aunque sea utilizado con mucha frecuencia desde siempre, no es muy apropiado. Da cuenta de la realidad de la situación de un modo deficiente y cargado de consecuencias. No es del tener sino del ser de lo que se trata. A diferencia de lo que ocurre en el ámbito del tener, en el ámbito del ser no hay quiebra sin destrucción. El absoluto es su medida. El amor que un hombre tiene a Dios y a su prójimo, a todos los que las circunstancias y su fidelidad llaman a que sean sus prójimos, mide su ser eterno.

¿Cómo decirlo sin desfallecer cuando se piensa en ello con realismo, enterrados como estamos en lo inmenso e innumerable? Reconocerlo es condenarse. Pero negarlo es renegarse. *El hombre, afirmando ante Dios, en paz y con honor, lo que él debería ser para ser pero que no es ni puede llegar a ser por su naturaleza y por sus medios* (ahí radica su estado de pecado del que sus faltas no son más que los débiles ecos en su ser precario, ínfimo, efímero), *se abre a la plenitud* que su fe y su esperanza le permiten.

¿Cómo podría acceder el hombre a la extrema lucidez que le guía a desprenderse de sus autodefensas hasta alcanzar la visión a plena luz de *su incapacidad estructural de "ser"*? ¿Cómo podría recibir de esta mirada la revelación de la carencia absoluta que le es como sustancial, y reconocer en ella, en su vacío, la promesa de aquello que ya la fe le asegura, más allá de toda expresión que pudiera decirlo sin limitarlo y a despecho de la imposibilidad de cualquier actividad personal que pretendiese realizarlo? *Ninguna enseñanza, ninguna búsqueda* -

da, ninguna ascesis ni ninguna educación podrían guiar realmente a esta humildad, grande por su verdad. La inobservancia de la Ley –manifiesta en sus infracciones– hace acceder al hombre a un primer conocimiento de sí: el de su impotencia práctica para querer y hacer. Pero ¿qué es esa impotencia al lado del descubrimiento de la impotencia de estructura que le revelan las llamadas evangélicas, cuando él se niega a ser infiel a sí mismo a través de la negación de lo que podría llegar a ser, o también cuando se niega a desintegrar las bienaventuranzas en saberes y en técnicas?

Esta lucidez, la única que engendra en el hombre una humildad que no es únicamente de comportamiento, prefabricada y completamente exterior, le procura una irradiación de un orden distinto del que sería capaz de alcanzar por sus propios medios. Esta lucidez no suprime en nada su impotencia. Es como si la debilidad del hombre, no negada sino reconocida, no padecida sino aceptada, incluso desposada, fuese necesaria al despliegue en él de la fuerza de Dios; de su Gloria, como dice la Biblia. La historia secreta del creyente es su tenaz esfuerzo por alcanzar esta lucidez sin sombra que da a la experiencia humana su pleno alcance, a la fe su absoluta originalidad y al adulto su lugar exacto en lo creado y su papel de mediador entre Dios y aquellos hombres con los que le es dado vincularse personalmente, en su misterio.

[3] Jesús ha llevado hasta el límite extremo su tensión hacia Dios y su clarividencia sobre el hombre. No ignoraba lo que hay en nosotros: nuestra idolatría natural y los reducidos límites de nuestro corazón, pese a los que quiso guiarnos a todos, quienquiera que fuésemos, al amor de Dios y del prójimo. No ignoraba que la obediencia a unos mandamientos precisos y limitados y a una ley que tuviese autoridad nos facilitaría la vida. Como tampoco ignoraba que esa obediencia a una ley nos sería más accesible que las indagaciones por nuestra propia cuenta (proseguidas en libertad a la luz de la fe en lo mejor de nosotros mismos) y que la fidelidad a las exigencias secretas

que tales pesquisas implican y que, por su misma dinámica, se acrecientan, así como sus riesgos...

Sin embargo, para responder a su misión, con la que formaba un solo bloque, Jesús ha llamado a todos los hombres a esta fe y a esta esperanza imposibles pero absolutamente necesarias, no sólo para que se cumpla en ellos lo que reciben y acogen de Dios sino también para que no degeneren ineluctablemente lo que estos seres sacados del barro original han llegado a ser poco a poco, con el tiempo, de suerte que no vuelvan a caer en lo que, después de haberlos ayudado a ellos crecer, ya no tiene ni futuro ni finalidad sin ellos.

Para ser fiel hasta el final, Jesús tenía que llevar esta llamada hasta su término, continuarla hasta las situaciones más extremas, hasta las fronteras de la vida y hasta los límites que comporta, por lo que es, la condición humana; sabiendo, además, como a su pesar, tanto por certezas cada vez más fuertes, a medida que crecía su intimidad con su Dios, como por evidencias paulatinamente crecientes, según iba adelante en su camino, que fracasaría y acabaría en la catástrofe. Además de que, contra su misión, se sumaban la sabiduría de los más sabios y las instancias de las más altas autoridades, al tiempo que quedaban de manifiesto la impotencia y la incompreensión de los hombres, incluidos sus discípulos más allegados.

Sin embargo, este fracaso, aparentemente total y que sobrevino rápidamente a causa de la sustancia misma del mensaje (como siempre será el caso dadas las condiciones en que éste tendrá que producirse), era, por lo que parece, el umbral que era existencialmente necesario franquear para que la misión de Jesús triunfase y se extendiese de un modo imposible antes, hasta el punto de ser impensable. Este fracaso hizo que Jesús alcanzase el orden del universal (esa expresión humana, esa encarnación, fuera de tiempos y de lugares, de Dios desplegándose y viniendo). Por otra parte, esta misión era de tal modo una sola cosa con Jesús que, llevada hasta su extremo y fatal destino, con su imposibilidad, implicó para él la imposibilidad absoluta de ser.

Este despojamiento, radical hasta el punto de no poder concebirse más que en abstracto, parece corresponder, en la doctrina paulina, a aquello del "abajamiento de la condición de Dios a la condición de esclavo". *Gracias a esta indignancia radical que lo convierte en el pobre por esencia, todos los hombres pueden recibir de Jesús con estricto respeto de su dignidad, es decir, sin que en nada les lesione una intervención autoritaria que, viniendo del exterior, pesaría sobre su libertad y vejaría la fidelidad a sus más personales pensamientos*; condiciones éstas que, sin ser suficientes, la actividad de creación y el Amor permiten.

Si la última indignancia que Jesús conoció, guiado por su sumisión a Dios y en el cumplimiento pleno de su misión, es la consecuencia ineludible de su fe en el hombre y de su amor por él –a pesar de lo que lo conocía–, por su parte, *la indignancia del discípulo* está al cabo del camino en el que se compromete siguiendo al Evangelio; camino que le descubre la imposibilidad de ser lo que debería ser para los que de alguna manera le son confiados y han de llegar a ser sus prójimos para que el Reino de Dios venga.

Estas dos indignancias se llaman la una a la otra. Sólo la del hombre en vías de ser discípulo ayuda a entrever la de Jesús. Sólo la de Jesús, nacida de la fe desnuda, permite al discípulo llevar, en paz, la indignancia de su incapacidad radical; que atañe, también en él, a su imposibilidad de ser. Ambos, a la mitad del camino que la fidelidad inspira, se reúnen en la cruz. Pero, ¿cómo decirlo de otro modo que adhiriéndose en silencio a lo que es signo del misterio del hombre y del de Dios? El discípulo, en la media en que puede soportar el descubrimiento de su propia indignancia entrando en el conocimiento de la de Jesús y apoyándose en ella, puede ser el prójimo de todo hombre; se acerca a lo universal; el "reino de Dios se ha acercado".

[4] La solidaridad humana no exige al hombre lo que le pide la fe en Jesucristo. Si a veces lo lleva a la bancarrota, es por falta de medios o por un fallo suyo. Con ayuda de las técnicas, sus medios aumentan y, en cierta medida, lo que la sociedad exige a cada uno dis-

minuye (al menos lo que le pide de forma personal). La solidaridad humana, en su plano, realiza así maravillas, y la caridad se equivocaría si las lamentara o si sintiera celos porque de este modo se le resta terreno. En tal caso, renegaría de sí misma en lo esencial, pues ella es de otro orden.

Sin embargo, para que los cristianos conserven la integral originalidad de la caridad, a pesar de las presiones que ejercen sobre ellos las espectaculares realizaciones de las técnicas utilizadas por la solidaridad humana, es necesario no sólo que conserven su fe en Jesús sino también que crezcan cada vez más en el conocimiento interior de su vida. De lo contrario, la solidaridad humana, con sus potentes organizaciones internacionales, suplantaría y relegaría al pasado a la caridad que, pobre de medios pero rica de presencia, propiamente está unida a la persona a través de actividades que a menudo son sólo ínfimas y efímeras. Ello sería para desgracia de los hombres, condenados a ser aplastados o por lo menos anestesiados cada vez más por los totalitarismos "bienhechores".

Aunque las posibilidades colectivas de la solidaridad satisfacen, mucho mejor que la caridad individual, las necesidades inmediatas y primarias de los hombres, siguen siendo impotentes para actuar más allá, tal como sólo la caridad puede hacerlo. Su carencia es de estructura. Pero el amor es tan raro, es tan frecuentemente confundido con una solidaridad socialmente cristiana o incluso sólo de vocabulario cristiano que, para creer en su existencia posible y en su poder específico, es preciso, a pesar de lo que afirma continuamente la experiencia de cada día, creer, en espíritu y en verdad, en Jesús. A decir verdad, sin la caridad, la solidaridad humana deja que los corazones sigan con su hambre y acaba por envilecerlos tras haber alimentado los cuerpos.

Hay, no obstante, una circunstancia en la que la solidaridad humana se reúne con la caridad y alcanza su cima: la solidaridad humana ante la muerte cuando ésta se acerca y los hombres lo saben. En esta situación extrema, las relaciones entre los hombres cambian y su

corazón también. Lo esencial se les aparece en la sima que se abre ante ellos antes de que se abra la fosa que los enterrará. La fraternidad brota entonces entre ellos. No es la que procede sólo de la vida común; es la que procede de afrontar juntos el mismo destino ineluctable que se abate sobre cada uno en la soledad de su ser.

Ante la muerte cierta –y tanto más cierta cuanto más inminente–, los hombres, cuando el pánico no los atenaza y se mantienen conscientes, son prójimos entre sí. Su indigencia es su común riqueza, la que comparten fraternalmente. Son prójimos unos de otros como si, de lejos, la muerte levantase ya el velo que los ocultó y aisló, unos de otros, durante toda su vida. Dios está cerca aunque lo ignoren, pues está presente en esta luz en la que se descubren.

En la cabecera de un agonizante que ha vivido suficientemente su humanidad, cuando se aproxima el final, si el sufrimiento no alcanza a perturbarlo hasta sus profundidades, reina un clima espiritual excepcional. Jamás salió de él, a los ojos de los seres ante quienes está presente, tal impresión de paz y aceptación. Entonces, la palabra que no habría ni podido ni osado decir antes, la que no habría ni comprendido ni incluso soportado oír, si aún es consciente y dueño de sí mismo, va directa al corazón. Su silencio mismo es palabra, y quizás sólo éste tenga alcance universal.

Es significativo que la muerte no acabe con la presencia de un hombre entre los vivos cuando él hizo entre ellos algunos prójimos verdaderos y fue verdaderamente prójimo para ellos. Su recuerdo no desaparece pues no pertenece por completo al tiempo. Se podría creer que estaba sepultado bajo un montón de acontecimientos y preocupaciones más recientes y actuales. Reaparece sin embargo con vigor en los momentos cardinales y se impone con fuerza. Incluso se va ahondando. Una comprensión más completa de la significación profunda de esa vida (vida acabada pero en parte verdaderamente sin término) hace su obra de luz en las almas; y también de unión pues es como su fuente para los que, recogiendo sobre sí, la recuerdan.

Dichoso este hombre cuando los que lo han conocido (gracias a lo que él ha sido y es para ellos, y gracias a lo que ellos han llegado a ser los unos para los otros con él) descubren, en un tiempo de luz, por encima de veinte siglos pasados, la verdad de la buena noticia anunciada en el Evangelio según los medios y los términos de que se disponía entonces y de acuerdo con las perspectivas que también entonces imponían las tradiciones: "Verdaderamente, nos ha nacido un Salvador".